

Casa Común: Un proyecto de arte colectivo para sanar las heridas de la guerra

Common House: A Collective Art Project to Heal the Wounds of War

Casa Comum: Um projeto de arte coletiva para curar as feridas da guerra

César Abadía-Barrero¹
Vanesa Giraldo-Gartner²
Camilo Ruiz-Sánchez³
Paola Gamboa-Alzate⁴

Resumen

A través de la pintura y el bordado, mujeres víctimas/sobrevivientes del conflicto armado en la Amazonía colombiana anclaron sus dolores, heridas y penas dejadas por la guerra a sus esperanzas de un futuro hermoso y feliz en el que puedan vivir, una vez más, rodeadas de familiares, amigos, bosques, plantas, animales y ríos. El proceso artístico e investigativo promovió un espacio para la reflexión, el cuidado y la sanación individual y colectiva articulado a la pregunta: ¿cómo crear estrategias comunitarias de memoria y sanación alternativas al relato testimonial?” La instalación final, Casa Común, es también un archivo senti-pensante e itinerante que alberga y presenta la circularidad del pasado, presente y futuro en contexto de guerra y procesos de paz. El ejercicio creativo y terapéutico fue posible gracias al trabajo emocional que estas mujeres han realizado durante años para apoyarse mutuamente, tanto dentro como fuera de los espacios formales e

¹Profesor Asociado de Antropología y Derechos Humanos, University of Connecticut, USA. Miembro de la Red SaludPaz, Colombia. E-mails: cesar.abadia@uconn.edu / cesar_abadia@post.harvard.edu .

² Profesora Asistente de Antropología, ICESI, Colombia. E-mail: vgiraldo@icesi.edu.co

³ Profesor Asistente de Antropología, University of Connecticut, USA. E-mail: camilo.ruiz@uconn.edu

⁴ Profesora de Artes, Universidad de la Amazonia, Colombia. E-mail: p.gamboa@udla.edu.co

institucionalizados.

Palabras clave: arte colectivo, investigación-acción participativa feminista, sanación, construcción de la paz, guerra.

Abstract

Through painting and embroidery, women victims/survivors of the armed conflict in the Colombian Amazon anchored the pain, wounds, and grief left by war to their hopes for a beautiful and joyful future in which they may once again live surrounded by family members, friends, forests, plants, animals, and rivers. The artistic and research process fostered a space for reflection, care, and individual and collective healing, articulated around the question: how can we create community-based strategies of memory and healing that move beyond testimonial narratives?

The final installation, *Common House*, also constitutes a feeling-thinking and itinerant archive that shelters and presents the circularity of past, present, and future in contexts of war and peacebuilding processes. The creative and therapeutic exercise was made possible through the emotional labor these women have carried out over many years in order to support one another, both within and beyond formal and institutionalized spaces.

Keywords: collective art, feminist participatory action research, healing, peacebuilding, war.

Resumo

Por meio da pintura e do bordado, mulheres vítimas/sobreviventes do conflito armado na Amazônia colombiana ancoraram suas dores, feridas e sofrimentos deixados pela guerra às suas esperanças de um futuro bonito e feliz, no qual possam viver novamente cercadas por familiares, amigos, florestas, plantas, animais e rios. O processo artístico e investigativo promoveu um espaço de reflexão, cuidado e cura individual e coletiva, articulado em torno da pergunta: como criar estratégias comunitárias de memória e cura alternativas à narrativa testemunhal?

A instalação final, *Casa Comum*, constitui também um arquivo sensível-pensante e itinerante que abriga e apresenta a circularidade entre passado, presente e futuro em contextos de guerra e processos de construção da paz. O exercício criativo e terapêutico foi possível graças ao trabalho emocional que essas mulheres vêm realizando há anos para apoiarem umas às outras, tanto dentro quanto fora dos espaços formais e institucionalizados.

Palavras-chave: arte coletiva, pesquisa-ação participativa feminista, cura, construção da paz, guerra.

Introducción

Era el primero de octubre de 2022 cuando las y los integrantes de tres organizaciones de víctimas del conflicto armado en Colombia—Sobrevivientes Tejiendo Memoria, Asociación de Mujeres Campesinas sin Tierra Víctimas del Conflicto Armado y Fusión Tropical—con el acompañamiento de cuatro docentes universitarios, entre ellos una antropóloga, dos antropólogos y una artista plástica, familiares, amigas y estudiantes ensamblamos por primera vez la obra de arte colectivo que conjuntamente bautizamos “Casa Común”. Después de varios meses de trabajo, reunimos cerca de 130 bordados que narran entre figuras, colores y texturas las memorias de dolor, resiliencia y sanación de décadas de guerra en el piedemonte amazónico

colombiano, una región bisagra entre los Andes y la Amazonia. Bajo la luz anaranjada de un atardecer caqueteño fuimos enlazando cada una de las piezas bordadas en una estructura de madera de 2X2 metros que simulaba una casa, un refugio para recrear sueños y recuerdos guiados por la idea de Buen Vivir y vivir sabroso, un lugar de sanación y reconciliación en donde la vida campesina, el agua, las plantas, y los animales juegan un papel protagónico. A través del bordado y la pintura, cada pieza de arte plasmaba ideas de futuros más armónicos y serenos, opuestos a los impuestos por la violencia. En el reverso de cada pieza cosimos flores de colores intercaladas con plantas medicinales usadas para sanar heridas personales y colectivas y para reparar nuestra relación con la tierra. Desde cada pieza que construimos, pero sobre todo desde la fuerza de la creación colectiva, Casa Común ha viajado como un testimonio vivo y un mensaje de esperanza para que las atrocidades de la guerra no se repitan.

Este artículo reconstruye el proceso creativo de Casa Común como un archivo sentipensante en el que mujeres víctimas del conflicto armado en el Caquetá conceptualizaron sus dolores, pérdidas y esperanzas a través de lenguajes artísticos alternativos al relato testimonial. La tarea de bordar y pintar sobre tela su pasado y sus anhelos de presente y futuro creó un espacio de reflexión sobre trayectorias de vida atravesadas por los traumas de la guerra y el deseo de vidas pacíficas en territorios sanos. A partir de esta experiencia, el texto propone tres contribuciones que responden a la pregunta sobre cómo crear estrategias comunitarias de memoria y sanación alternativas al relato testimonial. Primero, que las prácticas artísticas colaborativas constituyen archivos alternativos al testimonio, capaces de expresar dimensiones de la experiencia que los marcos institucionales de derechos humanos tienden a fragmentar o excluir. Segundo, que la sanación de las heridas de la guerra requiere reconocer los daños infligidos no solo a las personas sino también a la naturaleza, y que ese reconocimiento transforma las nociones de reparación y construcción de paz desde una perspectiva interespecie guiada por el Buen Vivir. Tercero, que procesos como Casa Común construyen lo que Jimeno, Varela y Castillo (2018; Jimeno 2021) denominan comunidades emocionales en los que la narrativa colectiva de dolor activa la identificación emocional de audiencias diversas, ampliando el alcance de este concepto hacia lenguajes no verbales y relaciones inter-especies. Todo ello enmarcado en una metodología de investigación-acción participativa feminista que priorizó la co-creación horizontal de conocimiento, el reconocimiento de las comunidades como expertas de sus realidades y las prácticas de cuidado como condición para la sanación a través del arte colaborativo.

Construir paz en medio de la guerra

Colombia pasó a ser el centro de atención de los debates sobre derechos humanos al entrar en la lista de países que aspiraban a construir paz tras décadas de guerra. El acuerdo de paz de 2016 entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo) tenía como objetivo poner fin a 52 años de conflicto armado que dejó más de 8 millones de víctimas (aproximadamente el 15 % de la población del país). Un esfuerzo conjunto entre la Comisión de la Verdad (cuyo nombre completo es Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición), la Jurisdicción Especial para la Paz (conocida como JEP) y el Grupo de Análisis de Datos

sobre Derechos Humanos (HRDAG) estimó que, entre 1985 y 2016, 450.666 personas fueron asesinadas, 121.768 desaparecieron por la fuerza, 50.770 fueron secuestradas, 16.238 niños y adolescentes fueron reclutados y alrededor de 8 millones fueron desplazadas por la fuerza. El 90 % de las víctimas eran civiles (Comisión de la Verdad 2022).

El Departamento del Caquetá, donde tiene lugar el proceso de Casa Común, ha sido una de las regiones más afectadas por el conflicto armado. La presencia de guerrillas, paramilitares y grupos criminales, combinada con el narcotráfico, la ganadería extensiva y la corrupción, produjo economías precarias, desplazamiento masivo y violencia sistemática sobre comunidades campesinas e indígenas (Rodríguez 2020). Según el Registro Único de Víctimas, en Caquetá se calculan 189.976 víctimas del conflicto armado, lo que representan el 46,8% de la población (Unidad para las Víctimas, 2024).

Lamentablemente, tras el acuerdo de 2016, la violencia no cesó: nuevos grupos armados llenaron el vacío dejado por las FARC-EP y la deforestación se disparó, transformando radicalmente los territorios amazónicos (Ruiz-Serna 2023; Lederach 2023). A pesar de la drástica reducción inicial del número de delitos atribuibles al conflicto armado en los años posteriores a la firma del acuerdo de paz, no se ha logrado consolidar con éxito una paz nacional. En 2019, la Cruz Roja Internacional alertó sobre cinco conflictos armados simultáneos en Colombia (CICR 2019), y en 2021 la JEP anunció la reactivación de la guerra en al menos doce regiones del país, dos de ellas en Caquetá (Jurisdicción Especial para la Paz 2021). Trágicamente, hasta el primer trimestre de 2025, 456 firmantes del acuerdo habían sido asesinados (Gómez, 2025).

Los informes indican que los grupos armados ilegales han ampliado su control territorial e intensificado las violaciones contra la población civil. Human Rights Watch destaca que estos grupos, las disidencias y otros actores armados, siguen cometiendo graves abusos, incluidos asesinatos y reclutamientos forzados (Human Rights Watch, 2024). El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) documentó 444 presuntas violaciones del Derecho Internacional Humanitario y otras normas humanitarias en 2023 por parte de grupos armados estatales y no estatales, entre ellas amenazas, violencia sexual, reclutamiento y utilización de niños en hostilidades, homicidios y uso de artefactos explosivos con efectos indiscriminados. En Caquetá, los confinamientos y las nuevas desapariciones son los acontecimientos más urgentes, seguidos por los desplazamientos masivos, las lesiones causadas por artefactos explosivos y los actos violentos contra los servicios de salud (Comité Internacional de la Cruz Roja, 2024).

Adicionalmente, desde la firma del acuerdo de paz, Colombia se situó a la cabeza en el número de asesinatos de activistas medioambientales, lo que está relacionado con las alarmantes tasas de deforestación, vinculadas al interés de los sectores ganadero, agroindustrial y minero (Oficina del alto comisionado, 2024). Tras el acuerdo de paz, Caquetá se ha convertido en una de las zonas amazónicas con mayores índices de deforestación y nuevas oleadas de violencia contra las comunidades locales. Esta violencia contra los territorios y sus defensores es inseparable de la violencia contra las comunidades, y constituye una de las heridas centrales que las mujeres participantes de Casa Común buscaron nombrar y sanar.

Sin embargo, a pesar de la persistencia de la violencia, las comunidades no han dejado de construir paz. Es en este contexto que tiene lugar Casa Común, no solamente su creación, que ocurre después del dramático desmantelamiento del proceso de paz entre 2018 y 2022, sino la continuidad de la obra que las lideresas sociales le siguen dando en los diferentes espacios

de conmemoración de las víctimas. Estudios etnográficos en Colombia demuestran que las comunidades llevan décadas construyendo paz en medio de la violencia (Burnyeat, 2018; Ruiz-Serna, 2023; Lederach, 2023; Jimeno, Varela Corredor y Castillo Ardila, 2015). Estos estudios critican la idea, institucionalizada a través de los procesos de paz, de que la paz comienza y la guerra termina con la firma de los acuerdos de paz. Según las teorías de paz comunitaria, la construcción de paz lleva tiempo porque es “parte de una lucha diaria por crear un mundo radicalmente diferente en medio de la violencia”, un proceso cotidiano que debe poner en primer plano “las prácticas relacionales, basadas en el lugar y afectivas que dan forma a la experiencia temporal” (Lederach, 2023:9, 7).

Crear expresiones de memoria alternativas al relato testimonial

Al igual que en otros procesos de paz en todo el mundo, los testimonios de las víctimas han ocupado un lugar central tras la firma del acuerdo entre el Gobierno colombiano y las FARC-EP. La descripción detallada de los acontecimientos del conflicto armado por parte de quienes han soportado los horrores de la guerra ha sido esencial para avanzar en la promesa de verdad, justicia, reparación y no repetición derivada del acuerdo. Dado que en los estudios sobre la violencia y la construcción de la paz se reconoce que las cifras y las historias individuales desempeñan un papel importante y complementario (Cárdenas, 2012), el proceso de paz colombiano prestó especial atención a los testimonios.

Durante su mandato de cuatro años, entre 2018 y 2022, la Comisión de la Verdad recopiló 27.508 testimonios en todo el país, a partir de los cuales elaboró un informe final compuesto por once volúmenes y abundante material transmedia que aborda diferentes niveles de explicación del conflicto armado, desde el nivel general (causas estructurales e históricas) hasta los relatos personales de las víctimas. El informe incluía relatos de los 14 actos de victimización cometidos por los distintos actores: desapariciones forzadas, secuestros, reclutamiento forzoso, desplazamiento forzoso, tortura, abusos sexuales, asesinatos selectivos y homicidios, detenciones arbitrarias, masacres, ejecuciones extrajudiciales, confinamiento, trabajos forzados y exilio.

Para ese entonces, la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), que es el mecanismo de justicia transicional creado con el acuerdo de paz para juzgar los crímenes de guerra colombianos, convocó a organizaciones de víctimas, derechos humanos y entidades estatales a enviar informes sobre hechos victimizantes del conflicto armado ocurridos antes del 1 de diciembre de 2016. Estos testimonios no solo han sido solicitados por el Estado para avanzar en los compromisos establecidos en el acuerdo de paz, sino que también han sido una herramienta fundamental utilizada por las víctimas y la sociedad civil para exigir el reconocimiento de las diversas formas de violencia sufridas. Atendiendo a este llamado, organizaciones de víctimas de violencia sexual y otras formas de violencia de género de todo el país elaboraron informes sobre esta forma de violencia para exigir a la JEP que abriera un macrocaso autónomo sobre este tema y no fuese tratado como un hecho transversal. Para ello, recopilaron testimonios de víctimas de violencia sexual en el contexto del conflicto armado en todo el país, compilando más de 20 informes. Los informes recibidos por la JEP permitieron identificar que, entre 1957 y 2016, hubo 35.178 víctimas de violencia sexual perpetrada por todos los actores involucrados

en el conflicto.

En este contexto, la organización Sobrevivientes Tejiendo Memoria, liderada por María Quintero, pidió a Vanesa Giraldo, una de las coautoras, que apoyara las entrevistas con mujeres que voluntariamente añadieron sus testimonios a uno de los informes. María y Vanesa acordaron realizar las entrevistas en la casa de María, donde las mujeres se reunían habitualmente. El día de las entrevistas, convocaron a las participantes, arreglaron cuidadosamente la sala de estar, encendieron una vela y se prepararon espiritualmente para escuchar. Cada relato se revelaba como un rompecabezas de horror que Vanesa trataba de armar como una narrativa coherente utilizando el formato acordado para el informe, una narrativa que reconocía la gravedad de la violencia sufrida, pero que no dejaba espacio para sus saberes, afectos y resistencias.

Como ocurre con todas las prácticas testimoniales, escuchar cada relato fue desgarrador, no solo por el dolor que transmitía cada historia, sino también por todo lo que no podía ser reconocido en el ejercicio de relatar tales atrocidades. A pesar de las velas y los abrazos, el testimonio se reveló como una expresión incompleta y fragmentada, una compartimentación violenta de la experiencia que borraba otras dimensiones del ser, del vivir y de la resistencia.

Al final del último testimonio, Vanesa y Doña Flor, una de las testimoniadas, se abrazaron, tratando de consolarse mutuamente, y prometieron crear otro espacio para reunirse, hablar y soñar. Acordaron crear un espacio donde el dolor pudiera convertirse en otra cosa, un espacio donde pudieran hablar libremente, bailar, tejer, bordar. Y también, un espacio para honrar a las víctimas humanas y no humanas de la guerra. Ese fue el emotivo momento que dio origen a Casa Común.

Esta experiencia iluminó algo que la literatura sobre justicia transicional ha documentado ampliamente: el tratamiento de los testimonios en el marco de los derechos humanos los convierte en archivos institucionales que organizan, codifican y clasifican los relatos de violencia de manera que algunos resultan inteligibles mientras otros permanecen difíciles de comprender (Castillejo-Cuéllar 2023). Como legado de lo que algunos autores llaman una “tecnología del dominio colonial”, la legislación sobre derechos humanos impuso un lenguaje que reifica a un “ser humano jurídico” individual y excluye “otros escenarios del ser humano” (Esmier, citación en Fregoso, 2014:589). Los estudios etnográficos sobre víctimas que buscan justicia demuestran además la crueldad que supone adaptar el testimonio de violencia a la burocracia estatal y humanitaria: la retraumatización de verse obligada a volver a contar coexiste con la “ONGización” que conlleva la construcción de paz, y el resultado suele ser la fragmentación, no la sanación (James, 2010).

El Buen Vivir como principio orientador de sanación y construcción de paz

La promesa entre Vanesa y Doña Flor encontró viabilidad en la fusión de esfuerzos entre las y los autores de este texto quienes hemos colaborado en diferentes proyectos de investigación acción participativa a lo largo de varios años. María invitó a las integrantes de Sobrevivientes Tejiendo Memoria y extendió la convocatoria a otras dos organizaciones de base: Fusión Tropical de la Amazonía, dirigida por Amparo Velazco y Saúl Rivera, que acompaña a familias que sufrieron desplazamiento forzado, asesinatos, secuestros y violencia sexual en el municipio de La Montañita; y FUMUCASTIVI, dirigida por María Leiver Urrego, que reúne a mujeres

víctimas de desplazamiento que buscan la restitución de sus tierras. Desde el principio, las lideresas de estas organizaciones coincidieron en algo que iba más allá del enfoque feminista para sanar: era imprescindible prestar atención a las fracturas de las relaciones de las comunidades con sus territorios y los seres que los constituyen como heridas fundamentales de la guerra. Para muchas comunidades rurales de campesinos, afrodescendientes e indígenas en Colombia, es fundamental comprender cómo sus territorios fueron testigos, sufrieron y se transformaron por el conflicto armado, y la intrincada relación humana/no humana entre la violencia, la paz y la sanación (Lederach 2023; Ruiz-Serna 2023; Giraldo Gartner y Abadía Barrero 2022; Giraldo Gartner, González Sanabria, y Cortés Guzmán En Prensa). En ese sentido, los ríos, los animales, las plantas y las personas eran parte inseparable de los esfuerzos de construcción de paz.

En el mismo período, la Comisión de la Verdad y la JEP llegaban a una conclusión que transformaría los marcos institucionales de la justicia transicional en Colombia: la naturaleza misma había sido víctima del conflicto armado. El informe final de la Comisión documentó cómo los ecosistemas fueron instrumentalizados para cometer graves violaciones al Derecho Internacional Humanitario y explotados para sostener económicamente a los actores armados: derrames de petróleo, fumigaciones aéreas con glifosato, bombardeos, deforestación, uso de ríos y selvas para las desapariciones forzadas. En el capítulo sobre comunidades étnicas, el informe se pregunta: ¿qué diría la naturaleza de su suerte durante el conflicto armado interno en Colombia? Y responde imaginando el dolor de los árboles, el silencio que se apodera de los espacios arrasados, las municiones aún incrustadas en la tierra (Comisión de la Verdad, 2022).

Como ha señalado Ruiz-Serna (2023), comprender los impactos territoriales de la guerra exige algo más que lenguaje ambiental: exige una conversación ontológica sobre qué es la naturaleza para diferentes comunidades. El énfasis institucional en la restitución de tierras y la reparación del daño ecológico tiende a seguir pensando el territorio como recurso y objeto de protección, antes que como tejido vivo de relaciones en el que lo humano y lo no humano se constituyen mutuamente. Es precisamente en ese punto donde las organizaciones de víctimas que participaron en Casa Común ya estaban trabajando.

Durante los años de trabajo en Caquetá, un aspecto que ha capturado la atención de Vanesa es que las heridas de las sobrevivientes de la guerra no son exclusivamente humanas. Junto a la violencia ejercida sobre sus cuerpos, sus familias y sus comunidades, hay un importante duelo por sus territorios: las tierras que ya no pueden cultivar, las plantas medicinales que ya no pueden usar para cuidarse a sí mismas y a los suyos, los ríos y los bosques que han sucumbido al extractivismo y a la guerra. Esto se hace evidente en los espacios de memoria y conmemoración de las víctimas en los que circulan constantemente semillas, plantas pequeñas y recetas medicinales (Giraldo Gartner, González Sanabria y Cortés Guzmán, en Prensa). La pérdida del territorio no es solo material sino también afectiva y relacional. Y entender la naturaleza como víctima nos permite también reconocer las dimensiones socioecológicas de construcción de paz. Así como es necesario conmemorar los daños a la naturaleza, las apuestas de convivencia armónica con otros seres de la tierra son fundamentales en la elaboración de presentes y futuros en paz.

Un avance interesante del acuerdo de paz fue la incorporación del Buen Vivir como principio rector. El Buen Vivir, una epistemología indígena andina, ganó adeptos en toda América Latina en las últimas décadas y se abrió paso en el acuerdo de paz gracias al tenaz trabajo de las

comunidades indígenas y afrodescendientes que defendieron modelos de desarrollo alternativos al capitalismo, ecocéntricos, que promueven una vida armoniosa en la que se protege y se cuida la naturaleza. El Buen Vivir ha ganado prominencia política y discursiva como práctica decolonial o paradigma de desarrollo alternativo guiado por el conocimiento ancestral (Bautista S., 2017; Vanhulst y Beling, 2014). Sin embargo, similar a otros procesos políticos en que los gobiernos que apoyaron su inclusión constitucional en Ecuador y Bolivia terminaron cooptando este principio para promover agendas modernizadoras que contradicen la protección de la Madre Tierra (Gaudichaud, Modonesi, y Webber, 2022), este principio de las relaciones humanas y no humanas bajo prácticas de cuidado y armonía territorial no ha guiado la implementación del acuerdo de paz.

Para las comunidades indígenas con las que hemos trabajado, el Buen Vivir es tanto un principio de sus planes de vida como la práctica diaria de cuidar y apreciar todo lo que la naturaleza nos ofrece, incluso las cosas pequeñas. Según los mayores, para llevar una vida guiada por el Buen Vivir, es necesario mantener a raya los deseos y tendencias de acumulación capitalista del hombre blanco (Barbosa Rodríguez y Abadía Barrero, 2023). El Buen Vivir se refiere a lo que necesitamos para vivir bien, con alegría y belleza, y no a lo que necesito individualmente para vivir mejor, como en las nociones antropocéntricas occidentales del bienestar (Bautista S., 2017). A medida que empezamos a aprender más sobre el Buen Vivir, se hizo más evidente que sus principios guiaban la construcción de Casa Común.

Además de la importancia de intercambiar conocimientos sobre las plantas, generar confianza y unirse como organizaciones o comunidades, la sanación entre especies para la construcción de la paz significaba que tanto las personas como la naturaleza necesitaban ser sanadas (Giraldo Gartner y Abadía Barrero, 2022). Pero, más allá de eso, los mayores indígenas también nos enseñaron que algunas plantas medicinales sagradas y poderosas, como la coca y el tabaco, han sufrido enormemente a causa de la guerra, y hemos aprendido que los mayores se han comprometido a enseñar la verdadera esencia de las plantas para que todos, incluidas las comunidades no indígenas, aprendan a valorarlas y cuidarlas (Perdomo *et al.*, 2024). En los esfuerzos por construir la paz, reconstituir esas conexiones humanas y no humanas es fundamental para el Buen Vivir y la paz territorial (Giraldo Gartner, González Sanabria y Cortés Guzmán, en Prensa; Lederach, 2017).

El arte colaborativo como posibilidad de sanar las heridas de la guerra

Cuando formulamos por primera vez el proyecto pensamos en un proyecto de Buen Vivir y FotoVoz que pudiera apoyar el trabajo que las personas y organizaciones estaban realizando en Caquetá. Nos preguntábamos si algunas de las organizaciones podrían armar una exposición para mostrar cómo estaban construyendo paz y Buen Vivir y si esas fotografías podían ser el vehículo de sanación.

Liderados por María, los talleres siempre comenzaban con un ritual de armonización: un mandala de flores, plantas y cantos para pedir la bendición del territorio. El equipo de investigación llevaba papel y crayones, invitando a las y los participantes a reflexionar sobre sus sueños para el futuro e imaginar cómo se vería un futuro enraizado en el Buen Vivir. Les preguntábamos: Si tuvieran que crear una pieza de museo que contara su historia, ¿qué sería?

Rápidamente nos dimos cuenta que para la mayoría—si no para todas—, el Buen Vivir era un concepto abstracto con poco significado personal. De manera similar, notamos que la mayoría nunca había estado en un museo, y que la fotografía no parecía resonar como el mejor medio de autoexpresión.

Como resultado, ajustamos nuestro enfoque. Comenzamos discutiendo brevemente qué hace que la vida sea hermosa. Al agregar significantes a esa posibilidad futura—una vida hermosa—y explorar cómo la soñaban, empezaron a surgir sus propias nociones de Buen Vivir. Luego les invitamos a dibujar o escribir lo que naciera de sus corazones, contando sus historias no a través del lente del sufrimiento vivido, sino a través de los sueños y esperanzas de un futuro en el que la vida pudiera ser hermosa.

Al recolectar los dibujos para analizarlos, emergió un patrón. La mayoría representó casas rurales en amplios paisajes poblados de ríos, bosques sanos, animales domésticos y silvestres, y suficiente espacio para cultivar alimentos. Muchas dijeron que intentaban plasmar los hogares de los que habían sido desplazadas. Lo importante era que, aunque les invitábamos a pensar en el futuro, muchos de los dibujos conectaban ese futuro con su pasado a través de la tierra. Para muchas de ellas y los hombres que hacían parte de las actividades, compañeros sentimentales o de lucha, hijos o nietos, un futuro de vida hermosa significaba tener lo que alguna vez tuvieron: tierra para cultivar y cuidar animales, además de estar rodeados de ríos hermosos y una comunidad feliz. El arte, la violencia y la construcción de paz tienen una larga trayectoria, incluyendo, por ejemplo, los memoriales y la arteterapia. Sin embargo, seguimos a Fregoso en su reconocimiento del poder redentor de las prácticas artísticas colaborativas, en las que el énfasis se pone en los “procesos de intercambio intersubjetivo” más que en “el dominio técnico de la creación de un objeto artístico” (Fregoso 2014:587).

Sabíamos que en Colombia muchos esfuerzos comunitarios estaban recurriendo al arte, incluyendo un proyecto de reconciliación con excombatientes y miembros de comunidades donde éstos se estaban reincorporando a la vida civil. En ese proyecto, llamado (des)tejiendo miradas, los excombatientes, sus familiares y sus nuevos vecinos eran invitados a intervenir imágenes fotográficas impresas en lienzos con agujas e hilos. La metáfora de “destejer” significaba que las comunidades locales necesitaban “destejer” la mirada que señalaba a los excombatientes como malvados e incomprensibles, y “re-tejer” una nueva mirada que sembrara esperanzas de construcción de paz y convivencia. Conocíamos a Maria Teresa Buitrago, una de las investigadoras de (des)tejiendo miradas, y nos reunimos con ella para aprender sobre su proyecto y compartir lo que habíamos aprendido de los bocetos. Al discutir lo inadecuado que resultaba el FotoVoz como metodología de trabajo para este caso, empezamos a reconocer que muchas de las mujeres también tejían, bordaban y pintaban, y que una metodología similar que aprovechara sus habilidades y pasatiempos artísticos podía ser más adecuada.

Llevamos esos bocetos e ideas a la artista Paola Gamboa, profesora en la Universidad de la Amazonia en Florencia y otra querida amiga, que vivía allí desde 2017. Además de su trayectoria y reconocimiento como artista independiente, Paola era conocida por implementar enfoques comunitarios en intervenciones artísticas y esfuerzos de construcción de paz, y ya era reconocida por varias de las mujeres de las organizaciones. Paola aceptó con gusto formar parte del equipo.

Paola miró los bocetos, escuchó nuestras explicaciones y coincidió en que las mujeres eran

artistas muy talentosas y que el proyecto debía basarse en lo que ellas disfrutaban hacer. Paola dijo que lo que leía y percibía en sus dibujos era una especie de nostalgia y anhelo por vivir en un espacio digno y acogedor, donde todos los seres son bienvenidos, similar a las nociones de Maloka y Casa Grande en comunidades indígenas y afrocolombianas. Las imágenes recurrentes de esas casas evocaban un sentido de reparación de los territorios, comunidades y familias perdidas y fracturadas durante la guerra. Con esto en mente, Paola trabajó en un prototipo de instalación llamado Casa Común.

El diseño de la estructura era un cubo de madera de 2 x 2 metros en cuyos marcos colgarían las piezas artísticas contenidas en tambores de bordado, convirtiéndose en las paredes de la casa. Cada tambor tendría dos caras: en la parte exterior, una flor hecha de crochet o tela representaba sus flores favoritas y la práctica estética común en las casas rurales tropicales, donde la gente rodea sus hogares de plantas hermosas. El exterior buscaba capturar la exuberancia de la región. En el interior, las mujeres contarían sus historias con piezas artísticas libres. La casa tendría tres ventanas, cada una con una imagen de tres de los ríos más hermosos del departamento: el Caquetá, el Orteguaza y el Caguán que, como si se vieran desde las ventanas de la casa, traían recuerdos de familias y territorios.

En agosto de 2022 invitamos al grupo a un segundo taller en la casa de Paola. Llevamos materiales de arte—tambores de bordado, hilos, agujas, telas, entre otros. A medida que las mujeres llegaban, se acercaban a la mesa, ayudaban a dividir los materiales y empezaban a conversar. Una vez todas reunidas, Paola presentó un boceto preliminar de la casa. Casa Común iba a resaltar lo aprendido en sus dibujos: el amor por la familia, la comunidad, la naturaleza, las flores y las plantas medicinales. El equipo de investigación armó una estructura provisional en el patio de Paola para que pudiéramos imaginar cómo sus piezas individuales formarían parte de un colectivo. Además de un refrigerio, compartimos materiales de costura, telas y bastidores de bordado para empezar a producir sus piezas, recordándoles que estaban transmitiendo a las audiencias futuras de Casa Común sus esperanzas de un territorio colectivo, hermoso y alegre, abierto a la vida, la dignidad y la paz.

Para nuestro encuentro final, el fin de semana del 30 de septiembre al 2 de octubre de 2022, les invitamos a ir con hijos e hijas, nietos y nietas si lo necesitaban, para que las obligaciones familiares no fueran un obstáculo. Rentamos una chiva (bus rural) que llevó a 45 personas a una finca vacacional hermosa. El lugar tenía suficientes habitaciones, piscina, pozo de lodo y un Temazcal (estructura especial para ceremonias de sanación mesoamericana). Se les pidió a las artistas llevar sus piezas en cualquier estado de avance. Se les ofreció alimentación, descanso, música, materiales, rituales, cuidado infantil y espacios para hablar, disfrutar y trabajar en sus piezas. En un rincón del área común levantamos la estructura de la casa, que comenzó a llenarse con las obras terminadas.

Durante el último día, cada mujer compartió en grupos pequeños de 10 a 15 lo que representaba su pieza y pensó en el título que quería darle. Hacia el final, en un evento de cierre en un gran círculo, empezamos a agradecer el espacio, la oportunidad de estar juntas, agradecer a la gente y declarar en voz alta las cosas que queríamos y no queríamos llevar a ninguna casa comunal futura.

Este proceso se enmarcó en lo que algunos académicos llaman metodologías de investigación-acción participativa feminista (IAPF) (Goessling, 2025; Martínez-Guzmán, *et al.*,

2018), que enfatizan no solo la horizontalidad en la co-creación de conocimiento y la valoración de los miembros de la comunidad como expertos de sus propias realidades y contextos, sino también la importancia de las prácticas de cuidado que son éticas e instrumentales en la creación de espacios de sanación. A lo largo de los distintos momentos en que nos reunimos para compartir y crear arte, surgieron lazos y vínculos entre todas y todos de formas diversas y a veces de manera inesperada. El proceso de construcción de la Casa Común permitió tejer nuevas relaciones de solidaridad, compañía y cuidado a través de la creación de una instalación artística colectiva, un archivo de anhelos, dolores y esperanzas construido por víctimas del conflicto armado en Colombia. Poder tomarse un tiempo de sus vidas agitadas para estar juntas y participar en el proceso de transformar los dolores en una instalación artística les ayudó en su siempre inacabado camino de sanación. Las heridas de la guerra, explicaron, nunca desaparecen, pero la vida puede continuar un poco más ligera.

Casa Común. Archivo Vivo del Pasado, Presente y Futuro

El poder de cada pieza individual es innegable, y nos resultó difícil hacer la curaduría de las piezas que conformarían la exposición final dado que muchas mujeres produjeron múltiples obras de arte. Y, sin embargo, había algo poderoso en esa experiencia colectiva y en el mensaje colectivo que transmitía Casa Común. Si bien cada pieza representaba un trabajo individual y tenía un título y una descripción particular, había algo en el hecho de trabajar junto a otras mujeres, una sororidad, que hacía el trabajo más intenso y al mismo tiempo más llevadero. Dolores y narrativas de guerra, violaciones de derechos humanos y construcción de paz empezaron a resonar entre sí, trayendo un nivel de intensidad que trascendía cada relato individual para componer un mensaje colectivo abrumadoramente hermoso. Las mujeres se agradecían constantemente por estar allí y decían que no habrían podido hacerlo sin el apoyo de las demás.

Bordar el dolor y las ideas había sido tan doloroso como terapéutico, pero saber que sus amigas queridas estaban a su lado, ofreciendo apoyo, las fortalecía. Se habían escuchado y apoyado muchas veces, pero esta vez se sentía diferente. Haber podido hacer y disfrutar su arte había sido importante. Poder expresar a través del arte ideas y sentimientos a menudo enraizados en memorias traumáticas, utilizando medios que mostraban aspectos de su talento y creatividad, materializó en sus manos futuros posibles de reparación y sanación. Cada pieza de arte no solo actúa como testimonio, sino también como intención. De este modo, Casa Común no es simplemente un archivo del pasado, es un archivo hacia el futuro. Las artistas imaginaron que sus piezas llegarían no solo a públicos en Colombia, sino también a lugares lejanos. Esperaban que Casa Común llevara consigo la alegría y el amor depositadas en estas y que sirviera como vehículo para que otros aprendieran de sus historias y se inspiraran para crear algo propio.

En efecto, Casa Común ha viajado: se ha exhibido en galerías de museos, escuelas de arte, bibliotecas universitarias y congresos académicos en Colombia, Estados Unidos y Canadá. En cada escenario, los visitantes dejaron mensajes para las artistas, elogiando su trabajo, agradeciéndoles por su valentía y enviando bendiciones. Cada vez que Casa Común encontraba un nuevo hogar, compartíamos fotos y videos con las artistas. El chat grupal se iluminaba con mensajes de felicidad y alegría.

También creamos un catálogo con la foto de cada pieza, el nombre y la edad de la artista, el título y una breve descripción. Los visitantes podían leer una copia impresa del catálogo y escanearlo para llevárselo consigo. El mismo elemento sorprendente que llamó nuestra atención en los bocetos iniciales se volvió aún más evidente en el catálogo: al prever un futuro esperanzador, recordaban un pasado doloroso que había sido alegre antes de que la violencia lo arrebatara todo. Los recuerdos del hermoso campo donde crecieron se recreaban junto a las descripciones de las atrocidades que ellas y sus seres queridos soportaron. Sus obras también mostraban su condición actual de “víctimas desplazadas”, atrapadas en “cuatro paredes” en la ciudad donde no pueden sembrar sus cultivos favoritos ni cuidar animales. También bordaron, dibujaron o escribieron que estaban luchando por “justicia” y “un pedacito de tierra”, y yuxtapusieron ese sentido de justicia y reparación con la belleza de las flores, plantas y ríos. Aunque el ejercicio les pedía pensar en un futuro de Buen Vivir/una vida hermosa y alegre, señalaron en su arte que su futuro está para siempre entrelazado con su pasado, un pasado de violencia que no pueden olvidar, ya que es la memoria de sus seres queridos, humanos y no humanos, la que aún representa sus años más felices.

De las más de 130 piezas que componen “Casa Común” queremos compartir algunas que representan algunos de los temas sobre el entrelazamiento entre la violencia, la naturaleza y la sanación.

Andry Yurleny Leal creó un Útero Guerrero. Andry compartió: “He escuchado muchas historias de mi abuela. Quise representar un útero con colores rojos que significan dolor. Quise representar a las mujeres que fueron desplazadas, muchas veces solas con tres o cuatro hijos. El útero y las trompas de Falopio representan a las mujeres que tienen que abandonar sus hogares con sus hijos y que, a pesar de todo el dolor, quieren salir adelante, por y con ellos.”

Y quedó claro, según muchas, que la naturaleza también había sido víctima del conflicto armado. La obra de Rubiela Pogimuy, titulada Cadenas de Flores, representa cómo “La naturaleza y nuestras tierras también han sido afectadas y entristecidas por el conflicto armado. Los pájaros, los árboles, las flores también murieron con la explosión de las bombas.” Uno de los adolescentes que participaron del encuentro realizó una obra titulada Dibujo en Blanco y Negro en la que representa “cómo quedaron los árboles a causa del humo, las bombas y los disparos que se multiplicaron durante el conflicto armado. Destruyeron el medio ambiente, los árboles, los pájaros, la gente. En la guerra la desolación está en todas partes.”

Las conexiones entre guerra, naturaleza y sanación fueron representadas por muchas, tanto simbólica como literalmente. Por ejemplo, la obra de Lilia Giraldo Murillo se titula Gallina. Su descripción dice: “Hice una gallina con mucho amor y cuidado para sanar un poco mis heridas.” En el catálogo resumimos cómo Yenni Tatiana Grisales describió su obra titulada Mi Sanación: “Soy víctima del conflicto armado, y bordé una albahaca, que es una planta aromática y sanadora. La usamos para cualquier dolor, es una planta muy importante en nuestro hogar. Para mí representa la sanación de muchas heridas que tuve en el pasado.”

La Tranquilidad en el Campo y la Tristeza al Abandonarlo, de Flor Hernández, representa cómo “Viví mi niñez en Santafé del Caguán, después de haber sido desplazada de Curillo, Caquetá. Dejamos la alegría y nos quedamos con la tristeza de dejar todo lo que teníamos. Gracias a Dios estamos vivos para contar esa historia. Quiero plasmar parte de mi niñez o lo que había en la finca cuando vivíamos con mi madre y hermanos. Nos alimentábamos con maíz, yuca, plátano, y esa era la felicidad del campo. El maíz significa el campo, la abundancia.”

Casa Común como una comunidad emocional

Sentimos que Casa Común es el resultado de un trabajo emocional colectivo. Fue, en efecto, un proceso femenino y feminizado, con espacios que, a pesar del número de participantes y de la presencia de algunos hombres, se volvieron muy seguros e íntimos, tanto porque se crearon en espacios domésticos como porque estaban impregnados de una solidaridad amorosa que ayudó a las mujeres a lidiar con sus dolorosos recuerdos de la guerra (Goessling, 2025). Durante muchos años, estas mujeres se habían apoyado unas a otras, habían buscado justicia y cargado con las heridas de la guerra con dignidad.

Casa Común permitió a las víctimas/artistas reflexionar sobre su presente mientras anhelaban la paz y el Buen Vivir y recordaban el pasado. En este entretejido colectivo de una pieza de arte colaborativo, su narrativa se vio acompañada por emociones personales e íntimas, diálogos colectivos y el propósito político de crear una obra de arte pública y un archivo que contara a las personas dentro y fuera de Caquetá y Colombia sus deseos de futuros más esperanzadores. Este entrelazamiento entre lo íntimo y lo público, entre la recomposición subjetiva y la acción política, es constitutivo de lo que Jimeno (Jimeno, Castillo, y Varela, 2018; Jimeno, 2021) denomina comunidad emocional: un vínculo político-afectivo en el que la narrativa de dolor y pérdida, concebida como injusticia que requiere reparación, activa la identificación emocional de audiencias diversas y se convierte en posibilidad de acción ciudadana.

Casa Común es un archivo senti-pensante que permitió a las artistas comunitarias conceptualizar su dolor, penas y esperanzas a través de la expresión artística que no prioriza la palabra como forma principal de narrar sus historias. La tarea de bordar y pintar su pasado y sus esperanzas de un futuro hermoso sobre tela creó un espacio para que las personas reflexionaran sobre sus trayectorias de vida atravesadas por los traumas de la guerra y su anhelo de vidas pacíficas en territorios sanos. Jimeno desarrolló el concepto de comunidad emocional a partir de la experiencia de las familias sobrevivientes de la masacre del Naya (Cauca), quienes a través de testimonios públicos, conmemoraciones y puestas en escena narrativas lograron proyectar su dolor hacia audiencias más amplias, generando solidaridad e incitando a la acción política conjunta (Jimeno, Varela Corredor y Castillo Ardila, 2015).

Esto sugiere que las comunidades emocionales pueden prescindir del formato testimonial para narrar el dolor o involucrarlo creativamente en otros lenguajes que reflejen más ampliamente las complejidades de la guerra y las formas de resistencia a la violencia. La memoria y la construcción de paz pueden tejerse, literal y metafóricamente, a través de prácticas artísticas colaborativas que sanan dolores y enuncian esperanzas colectivas.

Conclusiones

Gracias al trabajo de las víctimas denunciando, testificando y conceptualizando la violencia y la construcción de paz, el proceso de paz colombiano y los estudiosos de la guerra y la paz han reconocido a la naturaleza como víctima de la guerra y han resaltado su importancia en la construcción de paz (Lyons, 2020; Lederach, 2023; Ruiz-Serna, 2023; Giraldo Gartner y Abadía Barrero, 2022; Giraldo Gartner, González Sanabria y Cortés Guzmán, en Prensa). Por lo tanto, se necesita creatividad e innovación metodológica para registrar de formas no

convencionales los imaginarios pluriversales de derechos de los grupos subalternizados “en contextos fuera de la jurisdicción de la ley y el Estado” (Fregoso, 2014:587), y de una manera que muestre la interdependencia entre los humanos, otros seres y sus territorios.

Las prácticas artísticas colaborativas (Fregoso, 2014), como Casa Común, descolonizan el lenguaje y las prácticas de los derechos humanos mediante el poder de simbolizar y materializar dolores y tristezas colectivas y relacionales, ayudando a sanar las heridas de la guerra. Según estas mujeres, y como lo ejemplifica Casa Común, una vida en paz significa ampliar las nociones de paz y respeto hacia la naturaleza. La esperanza se trata de una paz que no piensa en el pasado como resuelto, sino como algo que siempre acecha al presente a medida que las personas siguen adelante; es decir, las personas no “superan” el pasado, sino que continúan existiendo a través de una mezcla de dolores y alegrías. Este proceso de seguir viviendo se facilita mediante rituales, el estar juntas y las plantas. Las plantas medicinales han sido muy importantes para estos grupos de víctimas, permitiéndoles sostenerse mientras realizan el increíble trabajo emocional de denunciar sus violaciones y apoyarse mutuamente.

Sanar las múltiples heridas de la guerra se presenta como un proceso comunitario. Al estar juntas, al ritualizar los espacios con tradiciones ancestrales, al crear procesos liderados por mujeres y al usar el arte como vehículo de expresión, estas mujeres proponen que la naturaleza es constitutiva de quienes eran y de quienes son. Si los derechos humanos y los derechos de la naturaleza son interrelacionados e interdependientes, la violencia y la construcción de paz requieren una comprensión decolonial interespecie y territorial de los derechos, la justicia y las reparaciones. Es importante señalar que todas las mujeres estaban luchando por acceder a un “pedazo de tierra” como parte de sus reparaciones. Sin embargo, su idea no se construía únicamente desde concepciones liberales de la propiedad de la tierra, sino desde la relacionalidad, posibilidades y obligaciones que existen con los territorios que se habitan.

Una esperanza futura de Buen Vivir y de reparaciones, según entendemos a partir de sus piezas artísticas y narrativas, está siempre en transformación. Esta comprensión procesual de la dinámica cambiante de los derechos y las reparaciones incluye ámbitos materiales y emocionales. El proceso de sanación colectiva pareció ayudar a resignificar la esperanza y las reparaciones. A medida que las mujeres bordaban y recordaban, mientras sus dolores y sus alegrías se unían en una pieza de arte individual, mientras presenciaban las exhibiciones temporales y finales de la casa comunal, y cuando escuchaban los mensajes que las personas dejaban para ellas en las diferentes exhibiciones de Casa Común, una nueva espiral del tiempo trajo de vuelta recuerdos, un sentido del presente y sus esperanzas para el futuro.

Parece como si hubiéramos aprendido que las reparaciones siempre serán incompletas, y sin embargo, los proyectos de vida alegres aún pueden ser posibles. Las sanaciones colectivas de las heridas de la guerra parecen necesitar el liderazgo de comunidades emocionales que crean oportunidades y espacios para recordar, estar juntas, cuidarse mutuamente y vivir la vida de acuerdo con las mejores posibilidades existentes, trabajando siempre hacia un futuro de Buen Vivir. Por lo tanto, las sanaciones colectivas de las heridas relacionadas con la guerra siempre serán incompletas, y sin embargo son absolutamente necesarias para que la vida continúe.

Bibliografía

- Barbosa Rodríguez, Estelio, y Abadía Barrero, César Ernesto. 2023. Vivir bien para reconciliarnos con la madre tierra y florecer por fuera del capitalismo. Una invitación para la medicina social. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 41(2): e353229.
- Bautista S., Rafael. 2017. *Del mito del desarrollo al horizonte del “vivir bien”: ¿por qué fracasa el socialismo en el largo siglo XX?*. La Paz: Yo Soy Si Tú Eres Ediciones.
- Burnyeat, Gwen. 2018. *Chocolate, Politics and Peace-Building: An Ethnography of the Peace Community of San Jose de Apartado, Colombia*. London: Palgrave Macmillan Press.
- Cárdenas, Sonia. 2012. *Human Rights in Latin America: A Politics of Terror and Hope*. Pennsylvania Studies in Human Rights. Philadelphia, Pa: University of Pennsylvania Press.
- Castillejo-Cuéllar, Alejandro. 2023. *A Listening Device : Colombia’s Truth Commission and the Politics of the Audible*. *Journal of Human Rights Practice* 15(3): 763–772.
- Comisión de la Verdad. 2022. *Hallazgos y recomendaciones: de la Comisión de la Verdad de Colombia. Primera edición: Hay futuro si hay verdad*, Tomo 2. Bogotá: Comisión de la Verdad.
- Comité Internacional de la Cruz Roja. 2024. *Colombia: Informe humanitario 2024*. Comité Internacional de la Cruz Roja. <https://www.icrc.org/en/document/colombia-humanitarian-report-2024>.
- Fregoso, Rosa-Linda. 2014. For a Pluriversal Declaration of Human Rights. *American Quarterly*, 66 (3): 583–608.
- Gaudichaud, Franck; Modonesi, Massimo y Webber, Jeffery R.. 2022. *The Impasse of the Latin American Left. Radical Américas*. Durham London: Duke University Press.
- Giraldo Gartner, Vanesa, y César Ernesto Abadía Barrero. 2022. “Medicinal Plants. Healing the Relationships between Human and Non-Human in Post-Accord Times”. En: Gardeazábal Bravo, Carlos y Guerrieri, Kevin G. (eds.) *Human Rights in Colombian Literature and Cultural Production*. pp. 139–154. New York: Routledge.
- Giraldo Gartner, Vanesa; González Sanabria, Sandra y Rocío Cortés Guzmán, Edna. En Prensa. Las plantas medicinales en la reconstrucción de los lazos socioecológicos tras la devastación de la guerra. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*.
- Goessling, Kristen P. 2025. Learning from Feminist Participatory Action Research: A Framework for Responsive and Generative Research Practices with Young People. *Action Research* 23(1): 48–70.
- Gómez, Licsa. 2025. Violencia en Colombia: asesinatos de firmantes de paz en 2025 duplica número registrado en todo 2024. *Infobae*, 17 de abril <https://www.infobae.com/colombia/2025/04/18/violencia-en-colombia-asesinatos-de-firmantes-de-paz-en-2025-duplica-numero-registrado-en-todo-2024/>.
- Human Rights Watch. 2024. *Colombia Eventos de 2023*. Informe Mundial 2024: Colombia. <https://www.hrw.org/es/world-report/2024/country-chapters/colombia>
- James, Erica Caple. 2010. *Democratic Insecurities: Violence, Trauma, and Intervention in Haiti*. Berkeley: University of California Press.
- Jimeno, Myriam. 2021. El Giro emocional y las experiencias de violencia. Documento disponible

- en <https://www.myriamjimeno.com/wp-content/uploads/2021/01/El-Giro-emocional-y-las-experiencias-de-violencia-final.pdf>.
- Jimeno, Myriam; Castillo, Angela y Varela, Daniel. 2018. Violencia, Comunidades Emocionales y acción política en Colombia. *ABYA-YALA: Revista Sobre Acesso á Justiça e Direitos Nas Américas* 2(2): 211–242.
- Jimeno, Myriam; Varela Corredor, Daniel y Castillo Ardila, Ángela Milena. 2015. *Después de La Masacre: Emociones y Política en el Cauca indio*. Primera edición. Colección CES. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Universidad Nacional de Colombia.
- Jurisdicción Especial para la Paz. 2021. En 2021 el conflicto armado se reactivó en 12 zonas del país. <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/En-2021-el-conflicto-armado-se-reactiv%C3%B3-en-12-zonas-del-pa%C3%ADs,-dio-a-conocer-la-UIA-de-la-JEP.aspx>.
- Lederach, Angela J. 2017. “The Campesino Was Born for the Campo”: A Multispecies Approach to Territorial Peace in Colombia. *American Anthropologist* 119(4): 589–602.
- Lederach, Angela Jill. 2023. *Feel the Grass Grow: Ecologies of Slow Peace in Colombia*. Stanford: Stanford University Press.
- Lyons, Kristina M. 2020. *Vital Decomposition: Soil Practitioners and Life Politics*. Durham: Duke University Press.
- Martínez-Guzmán, Antar; Prado-Meza, Claudia M.; Tapia Muro, Cristina y Tapia González, Aimé. 2018. Una relectura de fotovoz como herramienta metodológica para la investigación social participativa desde una perspectiva feminista. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 41. <http://revistas.uned.es/index.php/empiria/article/view/22608>.
- Oficina del Alto Comisionado. 2024. Hoja Informativa de ONU Derechos Humanos sobre la situación de personas defensoras del medio ambiente en Colombia para la COP16. https://www.hchr.org.co/historias_destacadas/hoja-informativa-de-onu-derechos-humanos-sobre-la-situacion-personas-defensoras-del-medio-ambiente-en-colombia-para-la-cop16/.
- Perdomo, Raúl; Valencia, Pedro; Fiagama, Emilio, *et al.* 2024. “Intercultural Communalism: Intercultural and Intergenerational Work Around Medicinal Plants in a Village in Southern Colombia”. En: Carolyn Smith-Morris y César Abadía-Barrero (eds.) *Countering Modernity: Communal and Cooperative Models from Indigenous Peoples*. New York: Routledge.
- Rodríguez, Estefanía Ciro. 2020. “Introducción”. En: Rodríguez, Estefanía Ciro *Levantados de la selva. Vidas y legitimidades en los territorios cocaleros del Caquetá*. P. XXI–XXXIV. Bogotá: Universidad de los Andes, Colombia.
- Ruiz-Serna, Daniel. 2023. *When Forests Run Amok: War and Its Afterlives in Indigenous and Afro-Colombian Territories*. Durham: Duke University Press.
- Unidad para las Víctimas. 2024. *Informe de gestión a la Comunidad en Florencia, Caquetá*. <https://www.unidadvictimas.gov.co/informe-gestion-a-la-comunidad-en-florencia-caqueta/#:~:text=Temas%20recomendados&text=La%20capital%20del%20Caquetá%20concentra,se%20desarrollan%20en%20el%20territorio>.
- Vanhulst, Julien y Beling, Adrian E. 2014. Buen Vivir: Emergent Discourse within or beyond Sustainable Development?, *Ecological Economics* 101: 54–63.

Agradecimientos

Este proyecto fue co-financiado por la beca SCHARP de la Universidad de Connecticut's SCHARP y el proyecto ColombiaCONNECT- Instituto Capaz. Queremos agradecer a todas las mujeres y hombres que han sido parte de este proceso a través del trabajo en sus organizaciones: Sobrevivientes Tejiendo Memoria, Fusión Tropical de la Amazonía y FUMUCASTIVI. A todas y todos ellos quienes realizaron las obras de arte de casa común y sus familias que hicieron parte de los talleres y a otras y otros acompañantes del proceso quienes también adicionaron piezas para que casa común siguiera creciendo: Rosa Emilia Aguirre, Elida Marín D., Meryury Medina Ramírez, María de los Ángeles Chacón, Lilia Giraldo Murillo, María Rubiela Pogimuy González, John Fredy Pogimuy, John Alexander Pogimuy, Karen Lorena Pogimuy, Adalgiza Hernández Hoyos, Saúl Rivera Villegas, Yeiny Paola Velazco, Saúl Rivera, Malervy Marín Polanía, Norbelia Piedrahita, Andry Yurleny Leal Vargas, María Leiver Urrego Jaramillo, Danna Julieth Montoya Bermúdez, Juan Kinzá Laserna Archila, María Antonieta Alfaro, Lauren L. Vargas, Silvia Lorena Salazar, Betty Sánchez, Carolina Quiñones, Isabel Cristina Gil V., Jhon Jairo Alzate, Luz Neri Iquira, Marli Tatiana Ortega Marín, Dilan Santiago Sánchez Jaramillo, Jhon Sebastián Gómez Marulanda, Yenny Tatiana Grisales, Jasbleidy Lizeth Soachi Grisales, Mary Luz Dussán Márquez, Maria Odilia Escobar Claros, Soveida Hernández Gómez, Manuel Ramiro Morales Orozco, Angela Floreth Prieto Alvarado, Martha Cecilia Alzate, Gloria Esperanza Galviz, Angela Fernanda Bahos Cifuentes, Myriam Escobar Cortés, María Argénsola Quintero Bañol, Deinner Smith Soachi Grisales, Viviana Alexandra Bolaños Gómez, Lina María Archila León, Amparo Velazco, Jimena Rivera Renza, Robert Tapiero Agudelo, Elcy Yulieth Lozano Velazco, Miller Galindez, Martha Galviz y Aura Nancy Capera Silva. Del colectivo Destejiendo Miradas: Beatriz Arias López, Laura Antonia Coral Velasquez, Jessica Valencia Pérez, Amaya Querejazu Escobari, María Teresa Buitrago, Sandra Velazquez, Teresa Santos Rojas y Berena Torres Marín.